CAPÍTULO DECIMONOVENO

Gobierno de Alonso de Ribera; establecimiento de una línea fortificada de frontera (1601-1603)

1. Trabajos administrativos de Ribera: sus aprestos para la nueva campaña. 2. Pretende establecer una línea fortificada de frontera para ocupar progresivamente el territorio enemigo: resultado de este primer ensayo. 3. Campañas y sufrimientos de los españoles en Osorno y su comarca: son socorridos por una división enviada por el gobernador Ribera. 4. Toma y destrucción de Villarrica. 5. Ribera pide al Rey nuevos socorros de tropas y de dinero. 6. Campaña de Ribera en el verano de 1602 y 1603. 7. Queda restablecida la tranquilidad al norte de Biobío.

1. Trabajos administrativos de Ribera: sus aprestos para la nueva campaña

Durante el invierno de 1601 vivió Alonso de Ribera en Santiago ocupado en los trabajos de administración interior y en los aprestos necesarios para recomenzar la guerra contra los bárbaros en la primavera próxima. Sin ser precisamente un hombre de gobierno, poseía la suficiente penetración para comprender que la situación creada al reino por aquella prolongada guerra, necesitaba remedios prontos y eficaces para salvarlo de una completa ruina.

Santiago y La Serena, con sus campos inmediatos, no habían sufrido directamente los estragos y destrozos que la guerra había ocasionado en las provincias del sur. Lejos de eso, su población puramente española se aumentaba gradualmente; y si los indígenas disminuían con notable rapidez por las levas que se hacían para llevarlos a campaña, por el exceso de trabajo y por las frecuentes epidemias de viruelas, comenzaba a formarse una población de mestizos que se hacía más y más considerable. Los ganados europeos se habían propagado con prodigiosa rapidez, y las frutas y cereales importados por los españoles se producían en notable abundancia; pero la agricultura estaba detenida en su desarrollo no sólo por lo reducido de la exportación sino por la escasa atención que se le prestaba. Bajo el orden de cosas existente, todos los vecinos, encomenderos y propietarios, estaban obligados a servir en la guerra; y en efecto, a menos de hacer valer enfermedades o vejez, o de obtener por dinero o por cualquier otro medio el permiso del Gobernador, partían cada año por el mes de octubre, para las provincias del sur, y no volvían sino a fines de otoño, descuidando por tanto sus trabajos en la época en que era más necesaria su atención. Los cabildos habían hecho muchas representaciones contra ese sistema sin conseguir la reforma que apetecían. El padre Bascones, que poco antes había partido para España como representante de las ciudades de Chile, llevaba entre otros encargos, el de pedir al Rey "la libertad de los vecinos y moradores", es decir, la exención de este servicio obligatorio y de las contribuciones extraordinarias en animales, granos y dinero a que se les sometía.

Alonso de Ribera apoyó estas aspiraciones. Su experiencia militar le enseñaba que las tropas organizadas de esa manera, no podían prestar servicios muy eficaces. En lugar de ellas, quería tener un ejército permanente y regularizado, en que todos, los oficiales y los soldados, tuviesen un sueldo fijo que asegurase su existencia. En el Perú, había pedido sin resultado al Virrey la sanción legal de este sistema. Se creía que estando los pobladores de Chile obligados a servir a la defensa del reino, no se debía dar sueldos más que a las tropas regulares que viniesen de España. Según sus instrucciones, Ribera fijó esos sueldos¹; pero poco más tarde pedía al Rey que los hiciese extensivos a todos los soldados, como el único medio de tener un ejército moralizado. Para procurar estímulos a la carrera militar, Ribera solicitaba del virrey del Perú que se dieran plazas y ascensos a los soldados y oficiales que se hubieran distinguido en la guerra de Chile. El Virrey, por su parte, no pudiendo atender a todas las solicitudes, dio a los "hijos de algunos vecinos de aquel reino (Chile) becas en el colegio real de esta ciudad (Lima), para entretener tantas demandas como hay cada día".

El conocimiento inmediato de las necesidades del país, el estado desastroso de la guerra, y la pujanza creciente de los araucanos, hicieron creer a Ribera que los elementos militares que poseía eran insuficientes para llevar a cabo la empresa que se le había encomendado. En la primavera próxima, contando con los auxiliares que se hallaban en Mendoza, iba a tener sobre las armas mil quinientos soldados; pero no vacilaba en declarar que ese número era insuficiente para consumar la pacificación del país. En sus cartas al monarca y al virrey del Perú no cesaba de pedir el envío de nuevos auxiliares y el aumento del situado, o asignación anual que el Rey había acordado dar para cubrir los costos del ejército3. El virrey del Perú, por su parte, creía que mil y quinientos hombres bastaban para pacificar a Chile; peró sabía también que las enfermedades, las batallas y la deserción debían disminuir ese número, y en este sentido apoyaba las peticiones de Ribera. Pero quería, además, que los nuevos auxiliares no fuesen puramente soldados, sino colonos que vinieran a establecerse en Chile y que consumasen su pacificación por medio del desarrollo de la industria y de la riqueza pública. En sus cartas al Rey, le pedía que no enviase soldados viejos, sino hombres que durante el viaje pudiesen disciplinarse; "y que hasta la mitad fuesen trabajadores, decía, labradores, y trajesen rejas y azadas y otros instrumentos de cultivar la tierra, que la de allí es tan fértil que los aficionará a quedarse en ella"4.

Ribera se ocupó, además, durante ese invierno en hacer los aprestos más inmediatos para la próxima campaña a las provincias del sur. A principios de junio recibió una comunica-

Los sueldos fijados por Ribera eran los siguientes: soldados, diez ducados por mes; sargentos, quince; alférez de infantería, veintitrés; alférez de caballería, veinticinco; capitán de infantería, cincuenta; capitán de caballería, sesenta; sargento mayor (jefe de tercio) sesenta y cinco; y maestre de campo, mil ducados al año. Estos sueldos que parecen excesivos cuando se toma en cuenta la pobreza general del país, eran inferiores a los que se pagaban en el Perú, y tenían por razón, no el precio de los alimentos que en Chile era sumamente bajo, sino el de la ropa y demás artículos europeos que era por el contrario muy subido. "Los géneros con que el soldado se ha de vestir, decía Ribera, cuestan en Chile cincuenta por ciento más que en el Perú". Instrucciones dadas en Concepción a Domingo de Erazo en 15 de enero de 1602.

² Carta del virrey Velasco a Felipe III, de 5 de mayo de 1602.

³ Cartas de Ribera a Felipe III y al virrey del Perú de 31 de agosto de 1601.

⁴ Carta del Virrey a Felipe III, Lima 28 de diciembre de 1601.

ción, fechada en Osorno, en que el coronel Francisco del Campo daba cuenta de los sucesos ocurridos en las ciudades australes, de los sufrimientos por que allí pasaban los españoles y de la necesidad que había de socorrerlos. Entonces se supo por primera vez en la capital del reino que los corsarios holandeses, o ingleses, como entonces se decía, habían desembarcado en Chiloé y ocupado Castro, y que al fin habían sido batidos y obligados a evacuar el archipiélago, sucesos todos ocurridos hacía un año entero, pero de que no se tenía la menor noticia por el estado de incomunicación creado por la guerra. El Gobernador, resuelto a socorrer esas ciudades, se trasladó a Valparaíso, y cargando dos buques de víveres y de pertrechos, los despachó a Concepción, donde se proponía embarcar doscientos hombres para que fuesen a tomar tierra en Valdivia. Con no menor empeño había tomado las medidas convenientes para recoger la gente de guerra que andaba diseminada en Santiago y sus contornos, para reunir armas y caballos y para preparar vestuario no sólo para los soldados que había en Chile sino para los que habían de llegar en breve del otro lado de las cordilleras. "Todo esto, decía Ribera, requiere particular diligencia, y cuidado y asistencia personal del que gobierna para sacar alguna sustancia donde tan sin ella ha quedado esta tierra arruinada y destruida"5. Parece que en estos aprestos, el gobernador Ribera, cuyo carácter imperioso y autoritario no se detenía ante ninguna consideración, echó derramas de víveres y de dinero, quitó armas y caballos y cometió violencias que escudaba en nombre de la necesidad de servir a Dios y al Rey. Pero recibió, además, algunos auxilios enviados por el virrey del Perú. Envióle éste un buque para el servicio de las costas, algún vestuario, pólyora y municiones, y tres mil quinientos pesos en dinero a cuenta del situado real6.

El primer año del gobierno de Ribera es una fecha importante en la historia económica de Chile. Hasta entonces, todas las transacciones comerciales se hacían por simples cambios de especies, o por ventas efectuadas por medio del oro en polvo o en pequeñas barras. Los inconvenientes de esta práctica comercial habían llamado la atención de los gobernantes y de los mercaderes y más de una vez se había tratado de remediarlos. El padre Báscones, como apoderado de los cabildos de Chile, había llevado el encargo de pedir al Rey permiso para acuñar hasta 300.000 escudos de oro en este país, proponiendo que para que no fuesen sacados por los comerciantes, se les pusiera mayor liga de cobre, o que el Rey fijase "que cada escudo de los de Chile en el dicho reino valga un tanto más que los de España, para que nadie los saque del reino sin mucha pérdida". El establecimiento del situado en 1600, fue causa de que desde el año siguiente comenzara a llegar a Chile algún dinero en oro y plata amonedados en el Perú; pero en los principios fue en cantidades tan pequeñas, por cuanto la mayor parte de la subvención real venía en efectos, que algunos años más tarde había muchas personas en Chile que jamás habían visto una moneda⁸.

⁵ Carta de Ribera al Rey, fechada en Santiago a 22 de septiembre de 1601.

⁶ Carta del virrey del Perú a Felipe III, de 28 de diciembre de 1601.

⁷ Memoriales citados del padre Báscones al Rey.

⁸ Un personaje muy autorizado, el doctor Luis Merlo de la Fuente, de quien tendremos que hablar largamente más adelante, escribía en Lima en 1623 estas palabras: "En el tiempo de la primera audiencia (1567-1575), no corría moneda en aquel reino (Chile), ni en muchos años después la hubo, hasta el tiempo del gobierno de Alonso de Ribera, por el año de seiscientos. En aquél comenzó la provisión del situado real de aquella guerra para la cual se llevan hoy del Perú 212 mil ducados cada año". El doctor Merlo de la Fuente indica allí que la introducción de la moneda provocó el acrecentamiento de la riqueza pública en Chile y dio origen a los litigios que años más tarde

Pretende establecer una línea fortificada de frontera para ocupar progresivamente el territorio enemigo: resultado de este primer ensayo

El 11 de octubre de 1601, cuando hubo terminado estos aprestos, Ribera salía de Santiago, sin esperar siquiera el arribo de las tropas que debían llegar de Mendoza. Aunque durante su viaje fue visitando los asientos y fuertes que tenían los españoles, marchaba con tanta rapidez que el 25 de octubre entraba a Concepción. La presteza que ponía en su viaje no era un simple lujo de actividad. Lejos de eso, había urgencia apremiante de que llegase al teatro de las operaciones militares. Con la vuelta de la primavera habían recomenzado las hostilidades de los indios. Apremiados, sin duda, por el hambre después de la destrucción de una gran parte de sus cosechas del año anterior, los bárbaros comenzaban a hacer sus excursiones en la banda norte del Biobío, y llegaban hasta atacar los fuertes que tenían los españoles en esos lugares. Ribera quería poner término a estas agresiones del enemigo y ejecutar enseguida el plan de campaña que se había propuesto.

Apenas llegado a Concepción, se ocupó en preparar el socorro para las ciudades australes. Formó para ello una columna de doscientos soldados escogidos, bien armados y vestidos, y los puso a las órdenes de los capitanes Hernández Ortiz, militar experimentado en las guerras de Arauco, y Gaspar Doncel, soldado distinguido de Flandes, que había llegado a Chile con el Gobernador. Embarcáronse éstos en dos buques cargados con víveres para tres meses y con municiones, armas y vestuarios para socorrer a los españoles que sostenían la guerra en aquellas apartadas ciudades, y se dieron a la vela para Valdivia el 9 de noviembre. Más adelante, tendremos que referir el resultado de esta expedición.

Alonso de Ribera, como sabemos, era un militar enérgico e impetuoso que había ganado su renombre en el asalto de las plazas y en lances de guerra que casi pueden calificarse de temerarios. El conocimiento que adquirió en breve de las condiciones de la guerra de Chile, le hizo comprender que las operaciones militares de esa clase, no tenían aquí verdadera aplicación, y que el afianzamiento de la conquista debía conseguirse con un plan diferente del que habían adoptado sus predecesores. Juzgó que la fundación de ciudades y de fortalezas en el corazón del territorio enemigo, los exponía a vivir incomunicados, a verse reducidos a todo género de miserias y de sufrimientos, a estar constantemente cercados, y a ser al fin aniquilados y destruidos por el hambre y por la guerra. Su plan consistía en construir fuertes en las entradas del territorio enemigo y en ir avanzando gradualmente la línea de fronteras cuando se hubiesen sojuzgado los indios circunvecinos a los primeros fuertes⁹. Este sistema era el más razonable, y seguramente el único que podía ejecutarse con buen

se seguían ante la audiencia, porque "donde no hay dinero, dice, no hay pleitos". Carta de Merlo de la Fuente al Rey, escrita en Lima a 4 de abril de 1623. Este documento, de gran interés histórico, que utilizaremos más adelante, se halla original, no en el Archivo de Indias sino en la Biblioteca Nacional de Madrid, en un volumen de manuscritos marcado CC 46, de donde sacamos la copia que tenemos a la vista.

⁹ Ribera, como vamos a verlo, puso en ejecución este plan de campaña: pero no lo ha formulado clara y precisamente en sus cartas sobre todo por su poca práctica literaria, y porque por esta causa no sabe dar a sus ideas el realce y la nitidez convenientes. Sin embargo, informando al Rey acerca de los consejos e instrucciones que en 1605 dio a su sucesor, dice que le recomendó lo siguiente: "Que no se alargase en las poblaciones, ni poblase la Imperial, ni Valdivia, sin poblar primero a Purén, para poder socorrer y darse la mano siempre que fuese menester, y poder visitar los fuertes y saber nuevas de ellos muy a menudo".

éxito, como lo ha probado la experiencia de los siglos; pero Ribera estaba en un lastimoso error cuando creía que con los recursos que entonces podían reunirse, y en unos cuantos años, era posible llegar por ese medio a la conquista y pacificación definitivas del territorio araucano.

En ejecución de este plan, y a la cabeza de cerca de trescientos hombres, el Gobernador salía de Concepción el 23 de diciembre y se dirigía a las orillas del Biobío, en las cercanías del sitio en que sus aguas se han engrosado con las del río Laja. Los indios que allí poblaban la región del valle central hasta la arruinada ciudad de Angol, denominados coyunchos o coyuncheses por los españoles, habían estado sometidos por algún tiempo; pero después de la despoblación de Santa Cruz y de los fuertes vecinos, no habían cesado de hacer la guerra y de ejecutar correrías al norte del Biobío. Para imponerles respeto y cerrarles el paso del río, Ribera fundó un fuerte en cada una de sus orillas, y mandó construir tres barcas para la comunicación de los destacamentos que debían defender esas posiciones. Persuadido de que había logrado asegurar la tranquilidad en la banda del norte, y de que este primer avance de frontera sería estable, mandó deshacer el fuerte que en el otoño anterior había fundado en Talcahuano.

Hallábase Ribera ocupado en esos afanes cuando llegó a su campo la columna de tropas auxiliares que venía de Mendoza. Era mandada por tres capitanes experimentados, cuyos servicios debían serle muy útiles; pero en vez de los quinientos hombres que salieron de España sólo habían llegado a Chile poco más de cuatrocientos¹⁰. Con este refuerzo, sin embargo, el ejército de Ribera llegó a hacerse mucho más poderoso que todos los que hasta entonces habían hecho la guerra en este país. En esos mismos momentos, llegaba a su campo la noticia de que los indios de la costa habían vuelto a atacar la plaza de Arauco, y que, aunque rechazados en un asalto que intentaron, la tenían sitiada. Se ha referido que queriendo compartir con sus capitanes la responsabilidad de sus actos, Ribera los convocó a una junta de guerra¹¹. El Gobernador expuso, sin duda, su plan de campaña, y enseguida

Nesegún cuenta González de Nájera, Desengaño i reparo de la guerra de Chile, p. 352, a Buenos Aires llegaron sin pérdida de uno solo, los quinientos hombres que habían salido de España; pero ni él ni ningún otro documento explica la causa de la disminución que en su número experimentó esa columna antes de llegar a Chile. El capitán Tomás de Olaverría, en una carta al Rey de 12 de noviembre de 1602, dice que llegaron 440 hombres; y Ribera escribía en 1605 que sólo fueron 385. Creemos que la primera de estas cifras es la exacta; y que los sesenta hombres que faltaban quedarían al otro lado de los Andes entre enfermos, muertos y desertores. La columna entró a Chile a cargo de los capitanes Alonso González de Nájera, Pedro de Salinas y Gregorio de Puebla. Del sargento mayor Luis de Mosquera, que salió mandándola de España, y que llegó con ella a Buenos Aires, no vuelven a hacer mención los documentos. Parece indudable que no entró a Chile.

En esta ocasión arribó a nuestro país un soldado llamado Domingo Sotelo de Romai, que alcanzó en la guerra contra los indios el rango de capitán, y que escribió una extensa historia de Chile desgraciadamente perdida, pero que conocieron otros cronistas. Todo nos induce a creer que la parte de dicho libro que se refiere a los sucesos de que fue testigo el autor, tenía un alto valor histórico.

¹¹ Rosales, *Historia jeneral*, lib. v, cap. 22. La obra del padre Rosales, que contiene los más singulares errores en la narración de los sucesos de los primeros tiempos de nuestra historia, comienza desde esta parte a hacerse mucho más exacta y más digna de fe. Los capítulos que destina al gobierno de Alonso de Ribera dejan ver que conoció algunas relaciones contemporáneas perdidas para nosotros, y entre éstas las de Sotelo de Romai, varias veces recordada por él, que vio muchos documentos de ese tiempo, y que indudablemente recogió informes verbales de algunos testigos y actores de los sucesos. En general, los hechos que cuenta están confirmados por los documentos que nos quedan; y los que no se hallan en éstos llevan el sello de verdad, porque no importan contradicción notable con los sucesos que se pueden estudiar en las fuentes primitivas.

les pidió su parecer acerca de si convenía o no expedicionar al interior del territorio enemigo para llegar hasta Villarrica. Los capitanes, por unanimidad de pareceres, aprobaron el sistema de guerra adoptado por Ribera. Según ellos, no debía abandonarse la línea de frontera fijada por el Gobernador, por cuanto eso pondría en peligro todo el reino; pero sí convenía socorrer prontamente la plaza de Arauco.

Esto fue lo que hizo el Gobernador. Dejando regularmente guarnecidos los fuertes que acababa de fundar, se puso a la cabeza de la mayor parte de sus tropas, y el 8 de febrero de 1602 emprendió la marcha hacia Arauco. En la cordillera de la Costa, que tenía que atravesar, los indios, capitaneados por un mestizo desertor llamado Prieto, trataron de oponer alguna resistencia a los españoles; pero fueron desbaratados fácilmente, y perdieron numerosos muertos y prisioneros. Como era de costumbre, las sementeras de los bárbaros fueron arrasadas en todas partes; y cuando algunas tribus pidieron la paz para salvar sus cosechas de una inevitable destrucción, Ribera exigió la sumisión absoluta de todas ellas. No obteniéndola en la forma que deseaba, dispuso nuevas correrías en sus campos, acompañadas como siempre de devastaciones y de muertes. Los alrededores de la plaza de Arauco quedaron otra vez libres de enemigos; pero éstos, que se habían asilado de nuevo en las montañas, debían reaparecer en breve para continuar con el mismo tesón en aquella interminable guerra.

Cuando hubo conseguido este resultado, y cuando hubo avituallado la plaza con las mieses cogidas a los indios, Ribera a la cabeza de sus tropas dio la vuelta a los fuertes que acababa de fundar en las orillas del Biobío, arrollando a su paso la débil resistencia que los indios intentaron poner a su paso por las montañas. Su presencia en esos lugares era necesaria. Los bárbaros de aquella comarca, a pesar de los dos fuertes que la defendían, habían atacado a uno de éstos y continuaban haciendo sus devastadoras irrupciones al norte del Biobío. Al paso que tomaba diversas medidas para defender a Chillán y sus inmediaciones, el Gobernador se internó con una parte de sus tropas un poco más al sur en la isla de la Laja, y a orillas de aquel río, enfrente del lugar en que se le reúne el Vergara, fundó un nuevo fuerte al cual puso por nombre Santa Cruz de Ribera. Diversas campeadas, dirigidas por él mismo, o por algunos de sus capitanes, escarmentaron por el momento a los indios de esa región.

El gobernador Ribera creyó bastante satisfactorio el resultado de esta segunda campaña, pensando ver en él la demostración práctica de la bondad del sistema de guerra que había adoptado. "Este verano pasado, escribía poco más tarde al Rey, se les ha cogido y muerto al enemigo trescientas piezas poco más o menos: hánse ahorcado los que han parecido convenir y los demás se han echado a las ciudades de abajo y al Pirú, de manera que no ha vuelto ninguno a su tierra". Pero no era ésta la más importante de las ventajas alcanzadas. En el otoño de 1602, la tranquilidad parecía restablecida al norte de la línea de frontera planteada por el Gobernador, de tal suerte que los españoles que poblaban Concepción y Chillán y todas sus inmediaciones, comenzaron a prepararse para trabajar de nuevo sus campos y hasta para volver a explotar los lavaderos de oro.

¹² Carta de Ribera al Rey, escrita en Santiago a 20 de julio de 1602.

 Campañas y sufrimientos de los españoles en Osorno y su comarca: son socorridos por una división enviada por el gobernador Ribera

Pero, en cambio, los sucesos ocurridos en las ciudades australes eran horriblemente desastrosos. El hambre y la guerra habían causado daños irreparables y preparaban la ruina del poder español en esa región.

Desde la vuelta de su campaña a Chiloé en el invierno de 1600, el coronel Francisco del Campo había pasado en Osorno en guerra constante contra los indios de la comarca. En las diversas correrías que hizo o mandó hacer en las inmediaciones, obtuvo ordinariamente la ventaia sobre el enemigo; pero mientras éste se rehacía y se engrosaba con los auxiliares que llegaban de los campos del norte, los españoles, incomunicados con las otras ciudades. veían reducirse sus fuerzas, y lo que todavía era más alarmante, agotarse sus víveres, sus municiones y sus vestuarios. En medio del desesperante aislamiento a que estaba reducido. el Coronel recurrió a todos los arbitrios imaginables para comunicarse con Concepción. Die libertad a algunos indios prisioneros a condición de que llevasen sus cartas; pero, como debe suponerse, fue burlado en sus esperanzas. Venciendo las más grandes dificultades, hizo construir una embarcación para hacerla salir al mar por el río Bueno a fin de que llegase a Concepción a pedir los socorros que necesitaba. Después de dos meses de trabajo, el barco estuvo listo, y fue tripulado por ocho hombres y un procurador de la ciudad. Esta empresa produjo sólo una nueva y más dolorosa decepción. El buquecillo naufragó lastimosamente en la barra del río con pérdida de todos sus tripulantes. Después de este fracaso, despachó a Chiloé a Juan de Arístegui para que hiciese construir una fragata; pero esta obra debía ocupar seis largos meses, durante los cuales no habría medio de comunicarse con las otras ciudades españolas.

Mientras tanto, la guerra se continuaba sin tregua ni descanso. Los promotores de la resistencia no eran precisamente los indígenas de esa comarca, sino los indios de Purén y de la Imperial que liberados de sus opresores, iban al sur llevados por la sed de sangre y de saqueo, y obligaban a aquéllos a hacer una guerra implacable a los españoles. Francisco del Campo pensó aterrorizarlos con la represión. "Estos indios de Valdivia, Villarrica y Osorno, decía en su carta al Gobernador, andan tan desvergonzados y libres que no hay ninguno que no nos venga a tocar armas sobre este pueblo; y como la tierra es tan montuosa, aunque se va a sus alcances, no se les puede hacer nada más de que se va a sus tierras a maloquear muchas veces, y se les hace todo el daño posible. Y como tengo dicho a V.S. se les han muerto más de mil seiscientos indios después que entré a Osorno, sin que haya venido ninguno de paz, ni hay que hacer caso de que vendrán"¹³. Los bárbaros ostentaban su pujan-

¹³ Carta de Francisco del Campo, fechada en Osorno a 16 de marzo de 1601. Esta importante relación, que hemos utilizado antes, se halla publicada, según ya dijimos, en el 2º tomo de *Documentos* de don Claudio Gay, pero con supresiones de muchos pasajes, y con errores probablemente tipográficos, que nos inducen a guiarnos por la copia que nosotros mismos tomamos en el Archivo de Indias en 1860. Refiriéndonos al pasaje que dejamos copiado, bastará decir que antes ha dicho el Coronel que en esta guerra había capturado dos mil indios, y la edición dice mil, lo que importaría una contradicción con lo que se lee más adelante. En otra parte habla del Campo de un tacique indígena que llama Arraupaugra, y la edición de Gay lo nombra Carampaugra, de donde después se le ha nombrado Carampangue.

za militar no sólo en su número y en su resolución sino en sus armas, en sus caballos, en su organización y en la astucia que empleaban en la guerra. En uno de esos combates, se presentaron mil indios a caballo, "los mejores que he visto en mi vida y más bien armados, añade el Coronel, que según dice la lengua (el intérprete) que se tomó, traían doscientas cincuenta cotas y cuarenta y tres arcabuces y todos los demás sus coseletes y celadas". Y hablando más adelante del poder militar del enemigo, agrega: "Los indios que vinieron fueron de Angol, Guadaba, Purén, Imperial, Villarrica y Valdivia; y aseguro a V.S. que yo he visto mucha caballería y muy buena, que más lindos caballos, ni más ligeros, ni de mejores tallas no he visto, que confiados en esto se atreven a tanto". Los indios habían llegado, pues, a hacerse enemigos formidables.

Los combates, las enfermedades y las fatigas, así como el refuerzo que Del Campo tuvo que dejar en Chiloé, habían privado a su ejército de setenta hombres, número relativamente considerable desde que le era imposible reponerlos. Pero, al paso que los víveres escaseaban y que los defensores de la ciudad se veían amenazados de un nuevo invierno en que los sufrimientos, la miseria y la desnudez debían ser mucho mayores todavía, el Coronel estaba obligado a alimentar a muchas personas absolutamente inútiles para la guerra. En Osorno había habido un monasterio de monjas clarisas; pero quemado el convento por los indios, y no teniendo medios de subsistencia, vivían éstas repartidas en la ciudad; y ellas, así como algunas otras mujeres, pedían ser transportadas a Santiago. El jefe de la plaza habría querido acceder a sus deseos, pero no tenía medios para ello. Aunque los frailes y clérigos de Osorno solicitaban lo mismo, para librarse de las penalidades de aquella situación, Francisco del Campo se manifestó resuelto a mantenerlos en la ciudad con el propósito, sin duda, de hacerlos servir en su defensa.

A principios de marzo de 1601 estuvo terminada la fragata que se construía en Chiloé. El Coronel encargó a un cuñado suyo, el capitán Francisco de Rosa, que partiese en esa nave a llevar al gobernador de Chile los informes más circunstanciados acerca de las angustias por que pasaban las ciudades australes. Escribió con este motivo una extensa relación de todo cuanto había pasado en esa región desde fines de 1599, de la campaña que había hecho a Chiloé para expulsar a los corsarios, de la guerra constante que estaba obligado a sostener en los alrededores de Osorno, de la escasez de víveres, de municiones y de vestuario y del peligro inminente de que toda aquella porción del reino cayese de nuevo en manos de los bárbaros. Pedía enseguida, y con las mayores instancias, que se le socorriese con toda prontitud, "aunque sea en medio del invierno"; y como temiera que en Chile no hubiese medios para auxiliarlo, solicitaba se despachara a su apoderado "para Lima, que lleva orden, decía, de vender una poca de hacienda que allá tenemos para comprar un navío y venir en él con algunas cosas necesarias, y traer un buen piloto para entrar en la bahía de Carelmapu". Hemos referido que en los primeros días de junio llegaba a Santiago Francisco de Rosa y comunicaba al Gobernador las dolorosas noticias que llevaba de Osorno.

A pesar del apremio que dejaban ver esas comunicaciones, pasáronse muchos meses sin que los infelices defensores de aquella ciudad hubieran recibido el menor socorro. Su situación llegó a hacerse insostenible: sus recursos estaban agotados, y la guerra incesante de los bárbaros no les daba un momento de descanso ni les permitía procurarse su sustento. En la primavera de 1601 estaban determinados a abandonar Osorno y a ir a asilarse en Chiloé, donde se mantenía tranquila la ciudad de Castro, y donde la pesca podía suministrarles un alimento abundante. El coronel Francisco del Campo salió de la ciudad a preparar este

viaje, y a buscar los medios de transportar las familias y los objetos que pudieran salvarse de la destrucción inevitable que habían de ejecutar los indios.

Una desgracia inesperada vino a frustrar este intento, y a hacer más terriblemente angustiosa la situación de los españoles de Osorno. Hallábase Francisco del Campo en las inmediaciones del fuerte de Carelmapu, y su gente se había repartido en las cercanías para reunir algunas piraguas en que pasar a Chiloé. Andaba entre los indios de esa comarca un mestizo, originario de Quito, llamado Lorenzo Baquero, que por haber sufrido un castigo, se había fugado poco antes de Osorno. Sediento de venganza, espiaba sigilosamente los movimientos del Coronel; y cuando creyó hallarlo desprevenido, cayó de improviso sobre el campamento español. Francisco del Campo fue muerto en el primer choque, con el pecho atravesado por una lanzada y, aunque Baquero fue derribado por la bala de un soldado castellano, los indios que lo acompañaban habrían cantado victoria si no hubiesen acudido las otras partidas de españoles que andaban diseminadas en los contornos. Conducidos por el capitán Jerónimo de Pedraza, atacaron a los indios y los pusieron en dispersión. El cadáver de Francisco del Campo, recogido cuidadosamente por sus soldados, fue arrojado a un río para que más tarde no pudieran profanarlo los enemigos, y para que su cabeza no fuese convertida en enseña de guerra, como acostumbraban hacerlo aquellos bárbaros. Después de este combate, los soldados de Pedraza tuvieron que sufrir todavía las obstinadas asechanzas de los indios, pero soportando con ánimo resuelto los más increíbles trabajos, llegaron por fin a Chiloé en una tosca balsa que construyeron apresuradamente¹⁴.

Estos desastrosos acontecimientos tenían sumidos en la más desesperante consternación a los pobladores de Osorno cuando llegaba a Valdivia el capitán Francisco Hernández Ortiz con los doscientos soldados que había puesto a sus órdenes el gobernador Ribera. Partido de Concepción el 9 de noviembre de 1601, Hernández Ortiz desembarcaba en Valdivia el 22 del mismo mes, e inmediatamente se ponía en marcha para Osorno. Todo ese país se hallaba en estado de guerra; pero en ninguna parte se presentó el enemigo a cerrarle el camino. En cambio, el paso de los ríos, sobre todo del Bueno, ofrecía las más serias dificultades. Los españoles las vencieron al fin, y llegaron a la ciudad a tiempo de prestarle los más oportunos socorros.

Hernández Ortiz llevaba encargo de asumir el mando de aquellas provincias en caso que hubiese muerto Francisco del Campo, de aquietar la tierra, de fundar un fuerte en Valdivia y de socorrer a Villarrica. Habría debido, sin duda, comenzar por esto último el desempeño de su comisión, como que era lo que más necesitaba de auxilios de fuera; pero queriendo reunir la gente que poco antes había salido de Osorno con el Coronel, y proponiéndose, además, recoger provisiones en Chiloé, partió apresuradamente para el sur, y perdió un tiempo precioso en hacer correrías entre los indios. Cuando creyó aquietados esos lugares, dio la vuelta al norte, y con acuerdo de sus capitanes, se dirigió a Valdivia donde lo esperaba todavía uno de sus buques. El 13 de marzo de 1602 echó allí los cimientos del fuerte que se

¹⁴ Los documentos de la época refieren sólo de paso la muerte del coronel Francisco del Campo y los demás sucesos relacionados con ella. En cambio, el padre Rosales la ha contado con los más prolijos detalles en el cap. 23 del lib. v de su *Historia jeneral*. Su relación reviste en esta parte todos los caracteres de verdad y permite conjeturar que está basada en documentos, relaciones o informes anteriores que no han llegado hasta nosotros.

le había mandado construir, y que, según el pensamiento del Gobernador, debía ser el principio de una nueva ciudad que se intentaba poblar.

Cuatro largos meses se habían empleado en estas operaciones. Cuando a mediados de marzo partió con una parte de sus fuerzas en socorro de Villarrica, se vio obligado a sostener reñidos combates con numerosas turbas de indios que andaban exaltados y orgullosos, celebrando sus recientes triunfos. Esa ciudad, después de un sitio de tres años, y sin recibir socorro alguno de ninguna parte, acababa de desaparecer lastimosamente.

4. Toma y destrucción de Villarrica

La defensa de Villarrica constituye el episodio más heroico y más terriblemente trágico de aquella tremenda guerra en que estaban envueltos los españoles desde la muerte del gobernador Óñez de Loyola. Se recordará que aquella ciudad, situada al pie de los Andes, y a distancia considerable de los otros centros de población, había sido embestida por los indios desde los primeros días del levantamiento. El capitán Rodrigo de Bastidas, que mandaba en ella, rechazó victoriosamente los primeros ataques y formó la resolución inquebrantable de resistir a todo trance. Pero esos ataques se repetían casi sin cesar y las turbas de indios se engrosaban con nuevos auxiliares, mientras los españoles estaban privados de todo socorro y de toda comunicación. Cuando el fuego de los bárbaros hubo incendiado la mayor parte del pueblo, Bastidas encerró a su gente en un fuerte y continuó la defensa con la misma decisión.

A fines de 1599, después de cerca de un año de miserias y de combates, su situación comenzaba a hacerse insostenible. Los defensores de Villarrica recibieron entonces una noticia que debió hacerles presentir su ruina inevitable. Valdivia acababa de ser tomada y destruida por los bárbaros. Pelantaró y Anganamón, los jefes de la insurrección araucana, vencedores en casi todas partes, les hicieron saber, por conducto de dos prisioneros españoles, que después de este último desastre, era inútil prolongar por más tiempo la resistencia de la ciudad. Bastidas, sin embargo, no hizo caso de promesas ni de amenazas, y persistió en su plan de defenderse hasta morir, si antes no recibía socorros que en aquella terrible situación casi no era permitido esperar de ninguna parte.

La guerra se continuó en los alrededores de Villarrica durante dos años más, con combates frecuentes, con heroica porfía y con los sacrificios y miserias más espantosas que es posible imaginar. Los españoles recurrieron a mil estratagemas para procurarse algunos víveres, comían las cosas más inmundas, cueros curtidos, jabón y toda clase de yerbas. De la carne de caballo, que había llegado a ser un alimento muy preciado, pasaron a comer la carne de los indios que morían en los combates de cada día. Cuando los primeros calores del verano siguiente (1601) hicieron renacer la vegetación, los españoles salían atrevidamente al campo vecino en busca de las manzanas verdes de sus antiguos huertos, que habían llegado a ser un alimento codiciado; pero cada una de esas salidas era causa de nuevos combates en que sucumbían unos y otros quedaban prisioneros. Algunos españoles, acosados por el hambre y agotados por los padecimientos, salían con la esperanza insensata de hallar su salvación en la fuga o para entregarse a los enemigos. En los primeros días de febrero de 1602 no quedaban en la ciudad más que once hombres y diez mujeres; y, sin

embargo, Bastidas se mantenía firme en su resolución de no rendirse, y rechazaba con energía las proposiciones del enemigo.

Al fin, el 7 de febrero los indios daban el asalto definitivo a los últimos atrincheramientos de los españoles. El combate, empeñado en esas condiciones, no podía ser largo ni de éxito dudoso. Bastidas y algunos de sus compañeros sucumbieron peleando, o fueron sacrificados por los vencedores; pero otros, y sobre todo las mujeres, quedaron en la cautividad, obligadas a servir a sus antiguos esclavos, y recibiendo de éstos el mal tratamiento que los indios solían dar a los prisioneros. Más tarde, algunos de ellos, y otros que habían sido apresados en los combates anteriores, reconquistaron su libertad por canje o por fuga, y pudieron dar a sus compatriotas la noticia cabal de las dolorosas escenas de los últimos y tremendos días de Villarrica¹⁵. Después del saqueo de los pocos edificios que todavía estaban en pie, sólo quedó un montón de ruinas calcinadas y humeantes en el sitio en que se levantaba esa ciudad.

5. Ribera pide al Rey nuevos socorros de tropas y de dinero

Ribera se hallaba en Concepción cuando tuvo la primera noticia de estos desastrosos sucesos. El capitán Hernández Ortiz, al comunicarla desde Valdivia, pedía empeñosamente que
se le enviasen nuevos socorros para hacer frente a los peligros que por todas partes amenazaban a aquellas apartadas poblaciones. En medio de la consternación que tales desastres
debían producir, el gobernador Ribera, impetuoso y arrebatado por carácter, dispuesto siempre
a condenar a los otros, atribuyó a aquel capitán la responsabilidad de la pérdida de Villarrica
por la tardanza que había puesto en el desempeño de su comisión. Inmediatamente acordó
quitarle el mando de las provincias australes, y someterlo a un juicio de residencia.

En esos momentos (principios de mayo) llegaba a Concepción un buque cargado de víveres enviado de Valparaíso, y otro que traía del Perú el situado real para el pago de las tropas. Formábanlo una cantidad considerable de géneros para el vestuario de los soldados, y más de diecisiete mil pesos en dinero. A pesar de que este socorro era bien poca cosa para las necesidades de su ejército, Ribera pudo preparar una remesa de municiones, de víveres y de vestuario para las tropas que quedaban en Valdivia y en Osorno. Hubiera querido

¹⁵ Las cartas de Ribera al Rey y los otros documentos contemporáneos, apenas consignan de paso la toma y destrucción de Villarrica, seguramente porque en los primeros días no se pudieron tener noticias más detalladas del desastre. En unos apuntes anónimos que existen en el Archivo de Indias con el título de *Borradores de una relacion de la guerra de Chile*, se habla apenas un poco más detenidamente. Pero el padre Rosales ha hecho una extensa y prolija relación de estos sucesos en el capítulo 26 del lib. v de su *Historia*; y todo nos induce a creer que sus noticias son recogidas en otras relaciones contemporáneas que no han llegado hasta nosotros, o en el testimonio de algunos de los testigos y actores de aquella heroica defensa. Entre éstos se recuerdan particularmente los nombres de dos que habiendo caído prisioneros de los indios, recobraron más tarde su libertad y pudieron dar a sus compatriotas extensos informes sobre aquellos sucesos. Era uno de éstos un mancebo español llamado don Juan de Maluenda, que asistió a la defensa de la ciudad hasta su último combate de 7 de febrero de 1602, en que fue capturado por el enemigo y retenido cautivo tres o cuatro años. El otro era el capitán Marcos de Chavarri, que cayó prisionero en un combate anterior, y vivió en esa condición más de veinte años. Ambos debieron comunicar extensas noticias verbales, pero, aunque el último escribió, o más propiamente dictó y firmó una relación de esos sucesos que conservo original, ella es muy sumaria y contiene pocos accidentes.

también enviar un refuerzo de gente, pero la defensa de su línea de frontera no le permitió sacar más que veinticinco soldados. Embarcáronse éstos en un buque pequeño que había en Concepción, y despreciando los peligros de un viaje emprendido en pleno invierno, se lanzaron al mar el 14 de junio de 1602. El capitán Antonio Mejía, soldado de la confianza de Ribera, llevaba el cargo de tomar el mando de todas las tropas que había en las ciudades australes¹⁶.

Desligado de estos afanes, el Gobernador partía inmediatamente para Santiago. Esta ciudad, por pobre que fuera, ofrecía al Gobernador atractivos que no podía hallar en ningún otro punto del reino, y por eso hacía de ella su residencia de invierno. En las guerras de Europa, el Gobernador había adquirido los hábitos de la mayor parte de los capitanes de su siglo. Amaba el fausto y el lujo, tenía pasión por el juego y por las mujeres, le gustaba hacer ostentación de su poder; y sólo en Santiago podía satisfacer estas inclinaciones. Por otra parte, en la capital, donde de ordinario se veía envuelto en altercados y competencias con las otras autoridades, como habremos de verlo más adelante, no le faltaban ocupaciones mucho más serias, sea para resolver algunas cuestiones de gobierno, sea para procurarse los elementos y recursos con que continuar la guerra.

Como debe suponerse, ésta era por entonces la más grave preocupación del Gobernador y del reino entero. Ribera, después de las dos campañas que acababa de hacer y del conocimiento personal que había adquirido del estado del país, comprendía mejor que nunca que con los escasos recursos que el Rey había puesto a su disposición era del todo imposible pacificar definitivamente este país. En sus comunicaciones al soberano, al mismo tiempo que se empeñaba en demostrarle las ventajas que conseguía en la guerra contra los indios, no cesaba de pedirle el envío de nuevos auxilios. En enero de 1602 había despachado a España a su secretario Domingo de Erazo con encargo de instruir al Rey de la verdadera situación de Chile, de la marcha de la guerra, de sus proyectos de repoblar las ciudades destruidas y de la imposibilidad de llevarlos a cabo si no era auxiliado convenientemente. "Para cuya reducción y poblar los sitios de ellas, decía con este motivo, serán menester forzosamente otros mil hombres efectivos de España, sustentando el número entero de los que al presente hay en el reino con dos mil pagas situadas para los unos y los otros, que es el número de gente y gasto más moderado que la necesidad y pacificación de esta tierra requieren" 17.

En todas sus cartas, el Gobernador volvía a repetir al Rey los mismos pedidos, y muchas veces en términos más premiosos todavía. Según la cuenta minuciosa que formaba, el ejército de Chile, sin incluir las tropas que existían en Valdivia, Osorno y Chiloé, constaba de 708 hombres, número apenas indispensable para mantener la defensa de los sitios entonces ocupados, y por tanto insuficiente para intentar nuevas poblaciones. "Y así digo, repetía otra vez, que para acabar esta guerra es necesario que V.M. me envíe mil hombres, y cuanto antes vinieren, antes se le dará fin. Y que éstos sean de Castilla, porque los del Perú entran por una puerta y salen por otra, y como vienen entre ellos muchos mestizos y gente baja acostumbrada a vicios de aquella tierra, en viéndose apurados de alguna necesidad se van al

¹⁶ Información levantada en septiembre de 1604. Cartas de Ribera al Rey, de 20 de julio de 1602 y de 5 de febrero de 1603.

¹⁷ Instrucciones dadas a Domingo de Erazo en 15 de enero de 1602.

enemigo". Creía, además, Ribera que el situado real debía servir para pagar no sólo a los soldados regulares que viniesen de España sino, también, a las gentes de Chile enroladas en el ejército y cuyos servicios se habían considerado como obligatorios y gratuitos, "También será menester, añadía, que V.M. mande se acabe de situar la paga que tiene mandado se sitúe a los soldados de este reino, porque hasta ahora no se ha hecho nada en esto. Yo lo he señalado para los capitanes y oficiales de este ejército. Y me parece que como V.M. mande señalar diez ducados para cada soldado estará medianamente bien; porque con esto y con pan y carne que yo les daré sin costas de vuestra real hacienda, tendrá V.M. soldados que le sirvan. Y de otra manera prometo a V.M. que no hay quien pueda tenerlos, porque chicos y grandes, así de los naturales como de los extranjeros, están asidos de los cabellos y jamás ven la ocasión para irse que no usan de ella, y las necesidades y trabajos que pasan son de manera que a hombres honrados obligan a esto. Y crea V.M. que no pido mucho sino aquello que tasadamente me parece que es menester para que, trabajando muy bien los que acá estamos, se pueda conseguir lo que en el servicio de V.M. se pretende. Y para que esta guerra tenga fin, es menester tornar a poblar las ciudades que están despobladas, y tomar otros puestos y que queden, por lo menos, cuatrocientos hombres para andar en campaña; porque esta gente (los indios) si no es asistiendo en su propia tierra y teniéndosela ocupada, ninguna cosa les obliga a dar la paz, aunque les corten las comidas y les tomen los hijos y mujeres, y ellos padezcan muertes y necesidades, como se tiene larga experiencia"18. Ribera, como se ve, comprendía perfectamente las dificultades de su situación, pero se engañaba doblemente cuando creía que en breve recibiría los socorros que solicitaba, y que ellos le permitirían consumar la conquista definitiva del reino.

Aunque el establecimiento del situado real creaba al Gobernador una situación mucho más desembarazada y, aunque ese año de 1602 recibió del virrey del Perú, no sabemos por qué razón, una cantidad más considerable¹⁹, Ribera veía que él no bastaba para sufragar todos los gastos de la guerra. Durante su residencia en Santiago, impuso otra vez contribuciones extraordinarias, esto es, echó derramas, como entonces se decía, para el sostenimiento de su ejército. A principios de octubre pudo partir de nuevo para el sur, acompañado por muchas personas que iban a tomar parte en las operaciones militares de ese año.

¹⁸ La carta de Ribera al Rey de que copiamos estas palabras es de 1602, pero no tiene la designación de día ni mes. En ella detalla prolijamente el Gobernador las fuerzas que tiene en cada uno de los puestos ocupados, y las que necesita indispensablemente para repoblar Angol, la Imperial, y conservar las ciudades de más al sur. El contenido de ella me hace creer que fue escrita por Ribera a principios de ese año de 1602, antes que tuviese noticia de la ruina de Villarrica, y antes también de la fundación del fuerte de Santa Fe.

¹⁹ Hemos dicho que el situado que por encargo del soberano pagaba el virrey del Perú, ascendía a sesenta mil ducados al año; pero en mayo de 1602, hallándose en Concepción, recibió el que correspondía a ese año en 58.548 pesos en mercaderías y en 17.777 pesos en dinero, lo que importa una suma mayor. Sin podernos explicar la causa de este aumento excepcional en ese año, hemos podido, sin embargo, comprobar que el hecho es efectivo. En carta de 28 de septiembre de 1612, Alonso de Ribera, recordando sus servicios durante el primer período de su gobierno para justificarse de las acusaciones que se le hacían, dice al Rey lo siguiente: "Todo esto hice con doscientos mil ducados de socorro que en nombre de V.M. me envió el virrey don Luis de Velasco en tres situados a sesenta mil ducados, y el uno de ochenta mil". Ribera ha repetido este mismo dato, casi con las propias palabras, en otras dos cartas dirigidas al Rey, en una de 18 de septiembre de 1605, y en la que escribió en Córdoba en 20 de marzo de 1606.

6. Campaña de Ribera en el verano de 1602 y 1603

La guerra, entre tanto, había recomenzado en las provincias del sur o, más propiamente, no se había suspendido sino por cortos intervalos durante los meses más rigurosos del invierno. La línea de frontera creada por el Gobernador, había sido frecuentemente amenazada por los indios, y el fuerte de Santa Fe, que era el más interiorizado en sus tierras, fue el que tuvo que sostener los más encarnizados ataques.

Ese fuerte, situado, como se recordará, en la margen derecha del Biobío, casi enfrente del sitio en que este río recibe las aguas del Vergara, estaba formado por espesas palizadas; pero era por su construcción uno de los más sólidos que poseían los españoles, y tenía, además, una guarnición de ciento sesenta soldados de buena calidad. Mandaba esta tropa el capitán Alonso González de Nájera, soldado entendido y de larga experiencia militar en las guerras de Flandes. En el invierno de 1602, las lluvias copiosas que suelen caer en esa región, aumentaron de tal manera las aguas del río, que durante dos días el fuerte, aunque colocado en un terreno alto, estuvo en inminente peligro de ser arrasado. Los indios, acudiendo en gran número a las inmediaciones, se presentaban en son de guerra por un lado, mientras por el otro se mantenían emboscados, con el propósito de caer sobre los españoles si intentaban abandonar el fuerte.

Pasado este peligro, los defensores de Santa Fe, escasos de víveres y faltos de leña para calentarse y de carrizo para reforzar sus palizadas, tenían que hacer frecuentes salidas en sus embarcaciones. Cada una de ellas era motivo de una asechanza de los bárbaros, y a veces de un reñido combate. Los españoles, aunque sufrieron algunas pérdidas, desplegaron en todas estas ocasiones gran energía y una constancia indomable para defender el puesto.

Cuando llegó la primavera, las hostilidades tomaron mayores proporciones. Pelantaro, el cacique de Purén, que desde tres años atrás era el jefe principal de aquella gran insurrección, y otro indio llamado Nabalburí, que había adquirido mucha fama entre los suyos, reunieron un ejército de algunos millares de hombres, y prepararon un ataque formal contra la fortaleza. Para asegurar mejor el éxito de esta empresa, hicieron entrar al fuerte a un indio de miserable apariencia, que fingiéndose rendido por el hambre que reinaba entre los suyos, iba a pedir un albergue y a someterse a los españoles. Ese indio debía prender fuego a los cuarteles del fuerte el día designado para el ataque; pero la vigilancia de González de Nájera desbarató sus planes. Atormentado cruelmente, el indio descubrió sus intenciones, y fue lanceado hasta darle muerte. Después de esto, los españoles se prepararon convenientemente para la defensa.

El ataque tuvo lugar como estaba anunciado. Aprovechándose de la luz de la luna, los indios se reunieron durante la noche en los alrededores del fuerte; y dos horas antes de amanecer del 28 de octubre (1602), cargaron súbitamente sobre las trincheras con desprecio de los fosos, de los hoyos y de las afiladas estacas que había clavadas en el suelo. El ataque fue resuelto y heroico; pero los defensores de la plaza desplegaron una energía y una firmeza incontrastables; y después de una lucha encarnizada que duró hasta venir el día, consiguieron rechazar al enemigo, causándole pérdidas considerables. Los españoles tuvieron treinta y nueve heridos, fuera de doce indios auxiliares, a todos los cuales fue preciso curar con sólo agua fría, porque en el fuerte no había médicos ni medicinas. Terminado el combate, se ocuparon todavía en reparar las palizadas que en algunos sitios los bárbaros habían

conseguido arrancar y destruir²⁰. Este triunfo, si bien arredró a los indios de renovar el asalto, no mejoró considerablemente la condición de los sitiados. El hambre los acosaba de tal suerte que tenían que comer las yerbas del campo y los cueros con que amarraban las palizadas. En medio de estas penalidades y miserias, no faltaron soldados, de entre los mestizos que habían venido del Perú, que trataran de tomar la fuga para ir a incorporarse en las huestes enemigas.

Ribera, entre tanto, se hallaba en Concepción desde el 3 de noviembre preparándose para entrar otra vez en campaña. En su viaje, y durante su permanencia en aquella ciudad, se había ocupado en plantear por cuenta del Rey algunas estancias para el cultivo de los cereales y para la crianza de ganados, a fin de proporcionarse alimentos para la manutención de sus tropas, sin estar obligado a comprarlos o a quitarlos a los particulares. Este sistema no era nuevo en el país: lo habían usado casi todos los gobernadores anteriores; y los llamados potreros o estancias del rey, existían desde mucho tiempo atrás en los alrededores de la mayor parte de los fuertes y de las ciudades. La gran sublevación araucana había desorganizado o destruido esos establecimientos; y Ribera estaba empeñado en crearlos de nuevo y en mayor escala todavía, forjándose no pocas ilusiones acerca de su conveniencia. Por otra parte, esperaba recibir en esos mismos días un refuerzo de tropas que le enviaba el virrey del Perú, y quería reunirlo a su ejército para entrar en campaña en las mejores condiciones posibles. Ese refuerzo, compuesto sólo de ciento cuarenta soldados que mandaba don Juan de Cárdenas y Añasco, había desembarcado hacía poco en Valparaíso, y la mayor parte de él entraba por fin a Concepción el 12 de diciembre²¹. Aunque Ribera tenía ya muy mal concepto de los auxiliares que venían del Perú, se había visto obligado a pedirlos con instancia, visto que no llegaban los refuerzos que en todo momento solicitaba del rey de

Apenas hubo reunido a su gente, el Gobernador salía de Concepción el 22 de diciembre con el propósito de adelantar en este verano su línea de frontera. Reconoció en esta ocasión el sitio en que había existido la ciudad de Santa Cruz, y hallándolo inadecuado para repoblarla por su falta de agua y de leña, estableció a muy corta distancia, sobre las márgenes del estero de Millapoa, en la orilla sur del Biobío, y enfrente de su confluencia con el Laja, un nuevo fuerte al cual dio el nombre de Nuestra Señora de Halle²². "Si la dicha ciudad, desde

²⁰ Ribera da una noticia bastante cabal de estos hechos en una carta escrita al Rey desde Rere con fecha de 5 de febrero de 1603. Pero es mucho más prolijo el mismo capitán González de Nájera en dos pasajes del Desengaño i reparo de la guerra de Chile, pp. 186 a 193 y 326 a 332, en que refiere cuanto se relaciona con la defensa del fuerte de Santa Fe. Al leer estas páginas, quizá algo difusas, pero llenas de animación y de colorido, y que revelan a un escritor de verdadero talento, no se puede dejar de lamentar que González de Nájera, en vez de llenar una buena parte de su libro con la exposición prolija y fatigosa de sus planes para reducir a los indios, no hubiese contado la historia clara y sencilla de lo que pasó en Chile bajo los gobiernos de Alonso de Ribera y de García Ramón, época en que él vivió en nuestro país.

²¹ En este socorro llegaron a Chile dos militares que adquirieron cierto renombre en esas guerras, don Pedro Páez Castillejo y don Francisco de Alaba y Nurueña, que en 1624 fue gobernador interino. Por entonces, Ribera recibió sólo ciento veinte hombres. Mes y medio después se les reunieron los otros veinte.

²² La oscuridad de los antiguos manuscritos y la imperfección con que en ellos se escriben las palabras extranjeras, han sido causa de que este nombre se escriba siempre incorrectamente. El nombre dado al fuerte por el gobernador Ribera proviene de una pequeña imagen de la Virgen María, que se conserva en una rica iglesia de la ciudad de Halle o Hal, de la provincia de Brabante, en Bélgica, por la cual tenían mucha veneración, no sólo las gentes del país sino los españoles que hicieron las campañas de Flandes. La superstición popular le atribuía los

su primera fundación estuviera sobre el río, decía Ribera, no se hubiera despoblado, ni venido a tantas ruinas el reino, causadas de su despoblación"23.

Tanta confianza le inspiró esta posición, que hizo abandonar los otros dos fuertes que antes había fundado en aquellas inmediaciones y, aun, se lisonjeó con la quimérica ilusión de que los indios de esta comarca le darían una paz estable y que pasarían a ser los auxiliares de los españoles.

Cuando hubo dejado en regular pie de defensa el fuerte de Nuestra Señora de Halle, Ribera atravesó el Biobío con la mayor parte de sus tropas y penetró en el territorio que nosotros denominamos isla de la Laja. Allí existía el fuerte de Santa Fe, pero su guarnición estaba obligada a mantenerse a la defensiva, de tal suerte que el enemigo recorría libremente aquellos campos y parecía prepararse para hacer nuevas correrías en la región del norte. Ribera sostuvo un combate el 15 de enero de 1603, y, aunque personalmente corrió no poco peligro, consiguió dispersar a los indios y llegar sin seria dificultad al fuerte de Santa Fe. Desde allí partió a la cabeza de cuatrocientos soldados españoles y de doscientos indios auxiliares para la región del sur, y durante muchos días hizo por sí mismo o por medio de sus capitanes una guerra implacable a los indios hasta Molchén o Mulchén, y en todas las márgenes del río Vergara, arrasando los sembrados, incendiando las habitaciones, matando no pocos enemigos y quitándoles un número mayor de prisioneros y de ganado²⁴. Después de estas correrías, en que consiguió, además, dar libertad a algunos españoles que los indios retenían cautivos, Ribera pensó que ese severo escarmiento aseguraría la tranquilidad de toda aquella parte del país, y que, por tanto, los fuertes del Biobío no volverían a ser inquietados.

7. Queda restablecida la tranquilidad al norte de Biobío

Sea porque creyese que los recursos militares de que podía disponer no eran suficientes para acometer otras empresas, o porque asuntos de una carácter puramente personal, de que habremos de hablar más adelante, lo llamasen a Concepción, Ribera dio con esto sólo por terminada la campaña de este verano. Aunque en sus cartas al Rey se muestra satisfecho con el resultado conseguido, Ribera debía sentirse doblemente contrariado al ver la tenacidad indomable de los indios y la desmoralización cada día mayor y más alarmante de sus propios soldados. Se sabe que desde tiempo atrás servían en los ejércitos de los rebeldes algunos desertores de las ciudades y de los fuertes españoles, y que ellos tomaban una parte principal en la dirección de la guerra. Pero en los últimos meses, estas deserciones se habían hecho mucho más frecuentes, y presentaban un carácter mucho más grave y alarmante. A la fuga de uno que otro hombre aislado, había sucedido la de dos o más que se concertaban

más portentosos milagros. Contábase que durante un sitio de la ciudad, la Virgen recogía en su manto las balas del enemigo; y hasta ahora se muestran al pie de la imagen algunas piedras que ella habría recogido. Ribera, que, como el mayor número de sus compatriotas, tenía gran devoción por ella, quiso colocar la nueva fortaleza bajo su advocación, pensando, sin duda, ponerla así a cubierto de las hostilidades de los indios.

²³ Relación del modo y forma que había de pelear, etc.

²⁴ Carta de Alonso de Ribera al Rey, de 9 de febrero de 1603.

entre sí para pasarse al enemigo. En el fuerte de Santa Fe, González de Nájera había descubierto uno de esos complots, y el Gobernador sorprendió luego otro más considerable en que estaba comprometido un alférez llamado Simón Quinteros, y once de los soldados, casi todos ellos de los que acababan de llegar del Perú²⁵.

Ribera desplegó una gran severidad para reprimir estas deserciones. Hizo ahorcar a los que pretendían promoverlas; pero los castigos no bastaban para cortar de raíz un mal que tenía su causa en la miseria general, en los sufrimientos por que pasaban las tropas y en el desamparo a que con frecuencia estaban reducidas. Las deserciones continuaron repitiéndose; y poco más tarde se fugaron de Talcahuano nueve individuos, que pretendiendo llegar al Perú en una lancha, se vieron forzados a recalar a la embocadura del Maule. Apresados allí por las autoridades españolas de la comarca, Ribera los hizo ahorcar inmediatamente. Pero convencido de la ineficacia de estas ejecuciones, buscaba otros remedios a aquella situación. Así, al mismo tiempo que fomentaba el establecimiento de estancias por cuenta del Rey para suministrar alimentos abundantes a sus soldados, pedía al Rey que aumentase el situado para pagar a todos un sueldo conveniente, y que se le enviasen refuerzos de España, por cuanto los soldados que de allí venían eran mucho más útiles, más pacientes y más sufridos²⁶.

Puso también Ribera en esta ocasión el más decidido empeño en tranquilizar los indios de toda la comarca situada al norte del Biobío. Hacía llamar a los que se habían asilado en el territorio de guerra, buscaba con toda diligencia a los que andaban ocultos en las montañas, y a todos les ofrecía protección y amparo, a condición de que viviesen sujetos como antes a los encomenderos. Ribera llegó a redactar en una especie de tratado las bases o reglas a que los indios debían someterse para gozar del beneficio de la paz bajo el amparo de las llamadas leyes protectoras de los indígenas. Parece inexplicable que un hombre de la sagacidad del Gobernador pudiera tener mucha fe en los convenios que se celebraran con las tribus de indios que solían someterse para volver a tomar las armas contra los españoles en el momento favorable; pero es la verdad que aquellas tribus, que no estaban ligadas entre sí por ningún vínculo de nacionalidad, movidas por su espíritu turbulento y belicoso, y por

²⁵ González de Nájera, obra citada, p. 339 y ss. Carta de Ribera al Rey, de 9 de febrero de 1603.

²⁶ Alonso de Ribera demostró siempre esta opinión, y en muchas de sus cartas repite con particular insistencia las mismas observaciones. En 1612, cuando volvió a tomar el gobierno de Chile, escribía sobre este particular en términos análogos. "En la primera carta que escribí, que fue en 27 de septiembre de 1612, decía con este motivo, pedía a V.M. me mandase enviar mil hombres, y que estos vengan de Castilla, por ser de mucha consideración, más que los que vienen del Perú, de más servicio, más obedientes y trabajadores, sufridores de hambres y de calor, y tienen la milicia puesta en honra y reputación; y los del Perú vienen corrompidos, con malas costumbres, y enseñados a la largueza de aquella tierra, y son malos de tener en ésta, y dejan decaer, y rinden a los trabajos, y los temen tanto que pierden el miedo a cualquier castigo para salir de ellos. Y es de manera que huyen de la guerra con tanto atrevimiento que algunos de ellos se han aventurado a ir por la tierra del enemigo, donde han perdido las vidas miserablemente. Y los naturales del Perú son gentes de muy poco trabajo y malos de disciplinas, y también vienen entre ellos muchos mestizos y mulatos que no son de servicio". Carta de Ribera al Rey, escrita en Penco a 12 de abril de 1613. Esta carta ha sido publicada por don Claudio Gay en el tomo II de Documentos, pp. 205 y ss.; pero en su encabezamiento se ha atribuido a Alonso García Ramón, que ya había muerto tres años antes. Por lo demás, como ya lo hemos dicho en otras ocasiones, la publicación de estos documentos en la obra de Gay adolece de numerosos defectos tipográficos, de tal suerte que casi siempre tenemos que valernos de nuestras copias manuscritas.

su sed insaciable de botín, eran, mientras estaban sometidas, según hemos contado en otras ocasiones, excelentes auxiliares de sus opresores, y hacían guerra implacable a las otras tribus. "Los que me han dado la paz hasta ahora, escribía Ribera en abril de ese año, ayudan mucho al servicio de V.M., porque pelean muy bien contra los enemigos y les hacen éstos más daño que los españoles. De aquí adelante pienso hacer mayores efectos por llevarlos por soldados del campo de V.M., que para lo que es hacer daño vale cada uno más que dos españoles, porque entran por las quebradas, montes y ríos sin escrúpulo, con gran agilidad y se matan unos a otros y se toman las haciendas y los hijos y mujeres con mucha crueldad"²⁷. No es extraño que Ribera, falto de tropas españolas, quisiera aprovechar los servicios de estos auxiliares para sostener aquella guerra implacable en que la destrucción de las casas y sembrados del enemigo era una hostilidad ordinaria y regular.

Persuadido de que las pequeñas ventajas alcanzadas en su última campaña, y el sometimiento de algunas tribus habían afianzado la paz en la comarca que defendían los fuertes que acababa de construir, se contrajo también Ribera a regularizar en ella el orden y la tranquilidad para que sus pobladores pudieran consagrarse de nuevo a sus trabajos industriales. Fomentó al efecto la crianza de ganados y los cultivos en la llamada estancia del rey, en las cercanías de Yumbel, y atrajo a Concepción algunos artesanos que al paso que pudieran prestar sus servicios a los vecinos y encomenderos, fuesen particularmente útiles para reparar las armas y el vestuario de sus soldados. A fines del otoño de 1603 pudo creerse restablecida la paz en toda la región comprendida entre los ríos Itata y Biobío y, aunque los indios volvieron a hacer sus insurrecciones en la primavera siguiente y a causar no pocos daños, los habitantes de Concepción y de Chillán y los estancieros de esos campos, recobraron la confianza que los anteriores desastres les habían hecho perder casi por completo.

²⁷ Carta de Ribera al Rey, escrita en Concepción el 29 de abril de 1603. El lector puede ver en la nota 44 del cap. 12 de esta misma parte de nuestra historia el juicio que acerca de los servicios de estos auxiliares se habían formado otros militares.